EL ARZOBISPO DE SEVILLA

6 de abril de 2020

A las monjas contemplativas
de la Archidiócesis

Queridas hermanas contemplativas:

Os saludo a todas con mucho afecto, también en nombre del señor obispo auxiliar. Os recordamos a diario y rezamos por vosotras, correspondiendo a vuestra oración por nosotros los obispos, por los sacerdotes, los seminaristas, las vocaciones y por toda la Archidiócesis. Es mucho lo que os debemos. Desde vuestra vida escondida con Cristo en Dios, sois un torrente de gracia para nuestra Iglesia diocesana.

Hace dos semanas, llamé a todos los monasterios y pude comprobar que todas seguís bien de salud, contentas y felices por haber elegido la mejor parte, viviendo fiel y santamente la preciosa vocación que el Señor os ha regalado en la Iglesia. Aunque en clausura, no sois ajenas a los dolores y sufrimientos de nuestros hermanos. Vuestras prioras y abadesas así me lo aseguraron, al tiempo que me hablaban de la gran preocupación que os embarga por la situación que aflige a la humanidad, la terrible epidemia que tantas vidas se está cobrando y el enorme dolor que está causando en tantas familias, cuyos mayores, después de una larga vida de lucha y de trabajo por sus hijos y nietos, están muriendo solos en los hospitales, sin el consuelo y el abrazo de los suyos.

En la Eucaristía del Domingo de Ramos decía yo a los fieles que me seguían por televisión que en los últimos decenios la Humanidad se ha sentido orgullosa de sus triunfos técnicos, se ha sentido capaz de todo, se ha dejado seducir por el progreso material, abandonando la espiritualidad. Nos hemos sentido fuertes y, ante los avances de la medicina, casi invulnerables. Hemos desoído el grito de los pobres y las llamadas del Señor. Un ser microscópico nos ha despertado del sueño prometeico del progreso infinito y nos ha devuelto a nuestra realidad de criaturas limitadas e indigentes.

En estos días muchos de nosotros hemos pensado que el Señor se ha dormido en la popa de nuestra barca, como en el lago de Galilea en medio de la tempestad. Personalmente pienso que los que nos hemos dormido somos nosotros, y que somos nosotros los que tenemos que despertar. ¡Mucho nos habíamos alejado del Señor! Nos hemos olvidado de Él y hemos organizado nuestra vida al margen de Él y de su amor. Por ello, la pandemia que estamos padeciendo es una invitación apremiante a convertirnos, a volver a Dios. Es una llamada a la fe, a ir a Él, a confiar en Él y a entregarnos a Él. De este modo, este tiempo de prueba se convertirá en un tiempo de gracia, tiempo de enderezar el rumbo de nuestra vida y de convertirnos al Señor y a nuestros hermanos.

Queridas hermanas: no ceséis de levantar los brazos a lo alto intercediendo al Señor por la humanidad. Ante el Cristo, que la liturgia nos va presentar el Viernes Santo como "varón de dolores, acostumbrado al sufrimiento… despreciado y desestimado" (Is 53,3), que conoce el dolor de la humanidad en esta hora, vosotras, que como nosotros los sacerdotes y los obispos, tenemos como misión de ofrecer sacrificios por nuestros propios pecados, así como por los del pueblo (Hbr 5,3), no podemos dejar en ningún momento la

oración de intercesión para que Dios nuestro Señor se apiade de la humanidad y nos libere de la plaga que está generando en nuestro mundo un dolor inaudito, que hace solo dos meses no podíamos imaginar.

A pesar de todo, hay motivos para la esperanza. Las circunstancias tristísimas que estamos viviendo han suscitado en nuestro pueblo los sentimientos más nobles de compasión, cercanía, solidaridad y ayuda generosa, sintiéndonos un pueblo unido por la fraternidad humana y cristiana. Muchos ejemplos os podría poner. Se dice, y es verdad, que ha aflorado lo mejor de nosotros como pueblo. Nos esperan, sin embargo, tiempos muy duros, una vez que desparezca la epidemia, que ojalá sea pronto. Quedarán las secuelas de una sociedad hundida y deprimida, con la industria y la economía profundamente heridas y un crecimiento espantoso del paro. Dios quiera que no desaparezcan entonces esas actitudes fraternas. Urgidos por el amor de Cristo, recemos para que estos valores plenamente cristianos no se amorticen.

Vuestra vida escondida con Cristo en Dios, viviendo en el silencio henchido de su Palabra y en una soledad habitada por su Presencia, como afirma la Constitución *Verbi Sponsa*, es prolongación de la plegaria de Jesús al Padre. Desde ese coloquio filial, también vosotras debéis orar por el mundo en esta hora, por los muertos, por sus familiares, por los enfermos, por el personal sanitario, con medios escasos y con mucho riesgo, por las autoridades, por los servidores públicos, policía y ejército… Rezad también por las personas confinadas en pisos minúsculos y especialmente por los niños… Rezad también por la Iglesia, para que en estas circunstancias dramáticas sepa ser samaritana de la humanidad y portadora y dispensadora de la ternura y de la misericordia de Dios.

Os encomendamos a todas a la protección maternal de Santa María, la buena madre de los consagrados, que cuidó con solicitud de Jesús y que ahora cuida con la misma solicitud de todos nosotros. Ella es la madre de la Iglesia. Que ella proteja a nuestros laicos, a nuestros consagrados, sacerdotes y seminaristas. Que ella guarde a todas las contemplativas, muy especialmente a las ancianas y enfermas, al obispo auxiliar y al arzobispo. Que ella apoye y acompañe vuestra consagración y custodie con su amor vuestra fidelidad.

A pesar de todos los pesares, feliz y santa Pascua. Vivid la Semana Santa con especial intensidad y fervor. Gracias por rezar por nosotros. Cuidaos. Un abrazo fraterno y nuestra bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla